
Historia de nuestros días, historia necesaria*

Bien dice Eli Bartra que treinta años son muchos para nuestras vidas pero muy pocos para la historia. También dos siglos lo son. Los del neofeminismo —o movimiento de liberación de las mujeres— y los del feminismo. No obstante, en nuestras vidas y en la vida de millones de mujeres son tan protagónicos como no lo han sido los últimos cinco milenios. Durante estas tres décadas hemos pasado de la soledad de experiencias no compartidas a la conciencia de lo político de los hechos cotidianos, del contenido del arte, de la construcción jurídica de la pobreza femenina y del clasicismo del sexismo (dos cosas distintas entre sí, entrelazadas y a veces confundidas). Por ello dice, muy atinadamente también, Ana Lau que el feminismo es uno de los paradigmas transformadores del pensamiento y de los comportamientos sociales y políticos del mundo. Se trata de dos apreciaciones complementarias: una viene de la vida y la otra de las estructuras del pensamiento; ahora bien, el

feminismo ha demostrado que los cuerpos sexuados de la vida y la filosofía no son escindibles, pues los primeros sostienen a la segunda.

Ana Lau, Eli Bartra y Anna Fernández Poncela son las tres autoras de *Feminismo en México, ayer y hoy* (Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2000). Son también tres reconocidas feministas, y una de ellas es una gran amiga mía. Lo personal es político y es también cultura. Como los afectos, como la filosofía, como la historia y la antropología. Las tres, profesoras de la UAM, han escrito un libro a seis manos, compartiendo la seguridad en las transformaciones de la vida debidas a un movimiento heterodoxo de mujeres, atreviéndose como se hace entre amigas a definir el término "feminismo" desde tres puntos de vista diferentes.

Toda síntesis es siempre tramposa, porque cualquier persona la elabora fijándose en lo que a ella le interesa. No soy mejor que las demás. Soy una historiadora, una feminista y una escritora. El feminismo me toca, lo interpreto y lo historizo. Este libro es para mí importantísimo porque me ubica en mi historia —la del feminismo—, en mi país de elección —México—, pero quizá por ello mismo lo puedo presentar sólo desde la emoción y el debate.

Ana Lau es historiadora, una feminista de academia, de aquéllas que han fomentado el crecimiento teórico del movimiento, y ha escrito la historia de las últimas tres décadas de un modo de hacer política de las mujeres, que en México estalla después de 1968, a sólo quince años del derecho a ejercer la ciudadanía electoral de las mexicanas. Un movimiento rapidísimo, por lo tanto, que según ella se manifiesta en tres etapas, coincidentes con las décadas que analiza, claramente diferenciadas.

El feminismo apareció en la década de 1970, resultado del agotamiento del modelo de desarrollo estabilizador, durante un periodo de ebullición intelectual y de crecimiento de la izquierda. Algunas mujeres —pocas, por cierto, pero cómo se la jugaron— conjugaron entonces sus preocupaciones personales con sus intereses políticos y empezaron a organizarse y a accionar públicamente como mujeres, con una visión política de los sexos, de los afectos, de la construcción de las subordinaciones, del desprecio que vivían dentro de los movimientos políticos y contraculturales del momento. Se organizaron en grupos de autoconciencia, esgrimieron el lema de lo personal es político y cuestionaron el sexismo y el androcentrismo presentes en el trabajo, la casa, la

iglesia, la escuela, los partidos políticos y las instituciones médicas. Pretendieron estructurarse con base en la amistad y el consenso, no obstante Ana Lau Javién analiza sus conflictos internos. Los que se gestaron por el rechazo a la doble militancia de mujeres que habían visto nacer sus pensamientos y acciones en el ámbito de otros organismos políticos. Y segundo, pero mucho más doloroso a la larga, el autoritarismo que esas mujeres que rechazaban el poder ejercían entre ellas. Así siendo la cosa, entre 1970 y 1976 se constituyeron seis grupos que enfrentaron la primera reunión de la Organización de las Naciones Unidas sobre las mujeres organizando un Contracongreso, tuvieron contacto con mujeres de otras latitudes, lucharon por la despenalización del aborto y la educación sexual, contra la violación y la violencia, demandaron guarderías y denunciaron la discriminación de las trabajadoras en la Ley Federal del Trabajo. También fundaron la revista de más larga duración en América Latina, *Fem.*, que nació de un colectivo que en 1976 decidió difundir las ideas del feminismo, y sigue viva. Es una década extraordinaria en la que, además, se formaron los primeros grupos de lesbianas feministas.

Luego vinieron los estancados y repetitivos años de 1980,

alegrados por los encuentros feministas latinoamericanos y del Caribe y una cantidad de reuniones y foros donde las feministas tuvieron la oportunidad de discutir entre sí. Muchas militantes se incorporaron al sector público, otras organizaron proyectos de producción. Dentro del país y del continente se constituyeron redes de mujeres, a fin de mantener la comunicación entre los grupos. A pesar de que personalmente considero las redes formas de censura organizativa, Ana Lau subraya su utilidad para inaugurar colectivos de trabajo sobre temas específicos, sobre todo los de lucha contra la violencia hacia las mujeres. Lo más importante de esta segunda década de feminismo fueron los centros y programas de estudio sobre la mujer que militantes feministas impulsaron. En 1982 inició actividades el área de la mujer, Identidad y Poder del departamento de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana, plantel Xochimilco. En 1983 se constituyó el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer del Colegio de México. En 1984 se formó el Centro de Estudios de la Mujer en la Facultad de Psicología. Hoy existen 35 centros de estudios sobre las mujeres y sus teorías en todo el país.

No obstante, es sólo en la década de los años de 1990 cuando

"la nación en los bordes", como Rosario Castellanos definía a las mujeres y a los indios/as, se hicieron violentamente conscientes de los estragos del sistema económico sobre ellos, los sectores más desprotegidos de la sociedad. Si las feministas cayeron en la trampa de la ONGización de su movimiento, que se encontró privado de su carga de rebeldía, muchas mujeres se percataron de su situación de subordinación como trabajadoras domésticas, dependientas en comercios, agentes de venta, vendedoras ambulantes, en fin se percataron de que los hogares de los que ellas eran jefas eran los más pobres. Hoy, a la par de la proliferación de organizaciones no gubernamentales financiadas por países y organizaciones europeas y estadounidenses que promueven la salvaguarda de los derechos humanos de las mujeres, existen feministas que pugnan en los espacios de la política desde su conciencia del valor de la diferencia sexual y que participan en las luchas reivindicativas de los y las indígenas, que se hicieron evidentes con el levantamiento armado en Chiapas en enero de 1994.

Eli Bartra es una filósofa, una extraordinaria analista de la estética, sus vinculaciones con los mandatos de la ética, y el valor de la rebeldía. Es también una feminista

histórica, fundadora de *La Revuelta*. Y es la autora que más conozco de este libro porque es mi amiga. Ella plantea que las tres décadas más recientes del feminismo pueden ser rebautizadas como neofeminismo porque, aunque tengan una continuidad con los dos siglos de lucha feminista anterior, marcan la perspectiva de la rebelión contra los derechos que las mujeres tenemos en la letra más no *de facto*. Marcan la perspectiva de la conciencia de toda clase de abusos sobre el cuerpo femenino, su objetualización, la violación, la penalización del aborto, la represión de la sexualidad, y la correlativa represión de la libertad de decisión y pensamiento de las mujeres. Marcan la perspectiva de una riqueza teórica sin precedentes.

Eli Bartra está absolutamente convencida de que lo personal es político. Para ella, lo fundamental que sucedió en la década de los setenta fue el descubrimiento de la existencia de algo que se llamó "la condición de la mujer", mediante cuyo análisis las mujeres concretas se dieron cuenta de que su subalternidad no era individual sino colectiva; que lo personal era políticamente analizable en cuanto era social. La autonomía que las mujeres reivindicaron entonces para su política se desprende de esta conciencia: reclamaban el

derecho a estar en sus colectivos sin hombres, a mirarse desde sí mismas y no desde la mirada construida por ellos, lucharon por la despenalización del aborto, contra la violación y en defensa de las mujeres golpeadas porque era su forma de desobedecer las imposiciones civiles, las reglas que las inferiorizaban. Nunca organizaron un movimiento de masas, pero fundaron las bases de una conciencia que fue creciendo y multiplicándose durante la década de 1980. A pesar del asistencialismo a las mujeres de los sectores populares. A pesar de la ONGización. A pesar de la institucionalización.

El feminismo perdió después de 1982 su capacidad de constante impugnación y su papel de conciencia crítica, pero avanzó muchísimo en el terreno de la legislación, de la academia y de la conciencia de la propia pasividad frente al sistema en colectivos de mujeres, mixtos y de hombres (por ejemplo el Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias A. C., CORIAC), que se formaron en la década de los noventa.

Para Eli Bartra, siempre atenta a las formas de cooptación de las expresiones rebeldes y transformadoras, el análisis del poder que las mujeres ejercen en la sociedad y entre sí abiertamente desde hace veinte años, amparadas en la

palabra de orden del "empoderamiento", comporta elementos de derrota. No sólo la institucionalización en organismos gubernamentales, no gubernamentales y académicos del feminismo conlleva un proceso de burocratización, sino que éste impone una jerarquía siempre más acentuada entre las mujeres, jerarquía acosadora de carácter masculino que fue una de las primeras objeciones que las neofeministas movieron contra el mundo tal cual estaba estructurado. El empoderamiento como derrota, el empoderamiento como renuncia a la rebeldía política y filosófica, sin embargo, ha llevado a feministas históricas y a jóvenes a opinar nuevamente, a discrepar, a replantear la necesidad de destruir el sistema patriarcal. En cuanto sistema, aun cuando retorna para sus usos demandas nuestras. Aun cuando logra enfrentar a las feministas lesbianas y de minorías étnicas a las mujeres de origen europeo heterosexuales de las clases medias, en nombre de sus supuestos privilegios, invisibilizando su opresión como mujeres.

El artículo de Eli se centra sobre algunos nudos teóricos fundamentales: el envejecimiento del feminismo y la difusión de sus ideas; la cuestión de la despenalización del aborto y sus cortinas de humo; cómo una corriente de

opinión está integrada por muchas voces discrepantes; la teoría de la diferencia sexual y la noción de diversidad entre las mujeres. Se remonta para explicar la fecundidad de los nudos a acercamientos teóricos acerca de la opresión de las mujeres indígenas en México y de los privilegios de clase, etnia y preferencia sexual. Estudia la amalgama de prefeminismo dominante y feminismo marginal en México, tuberculoso de posfeminismo, siendo el prefeminismo una ignorancia de las diferencias jerárquicas entre los hombres y las mujeres; el feminismo, el descubrimiento de la opresión específica; y el posfeminismo, la manipulación e institucionalización de lo combativo del movimiento feminista.

Anna Fernández Poncela, antropóloga, analiza el impacto del feminismo en la opinión pública mexicana, sobre todo en la juventud universitaria. En una encuesta nacional, efectuada en 1996, preguntó a 1 200 personas de diversas edades, ocupaciones y niveles de escolaridad (51.3% mujeres y 48.7% hombres) qué opinión tenían de los grupos feministas y si se consideraban feministas. En 1995 y 1996 efectuó también dos encuestas universitarias sobre el mismo tema, en la Universidad Autónoma de México-Xochimilco y en la Iberoamericana con 500

entrevistados en cada una (52.5% mujeres, 47.5% hombres). Obviamente descubre que las mujeres conservan un buen concepto del feminismo y los hombres una mala opinión; no obstante, un tercio de la población entrevistada no tenía juicio al respecto: desconocía el tema, no tenía interés en él o esgrimía una supuesta neutralidad rayana en la indiferencia más absoluta.

Es difícil presentar una encuesta, pero la de Anna Fernández es realmente interesante. Las relaciones entre escolaridad y juicio, menor edad y mayor deseo de opinar, mayor percepción económica y juicio negativo, la mala opinión de mujeres y hombres que simpatizan con el PRI frente a la buena opinión de las mujeres del PRD y PT y de los hombres del PAN, abren camino a muchas especulaciones. También la investigación acerca de un posicionamiento personal -si la o el entrevistado se considera feminista- arroja datos que las feministas debemos tragar y estudiar. Por ejemplo, que la respuesta mayoritaria fue en 63% negativa. Y también que el tercio que respondió afirmativamente era básicamente femenino (con 16% de hombres). Las mujeres adultas se consideraban en mayor número feministas, en segundo lugar venían las jóvenes, y en el último las mayores. Asimismo, entre las

mujeres más educadas había mayor predisposición al feminismo y viceversa.

Desgraciadamente las entrevistas entre universitarios de ambos sexos arrojan datos desagradables. Responden no tener una opinión sobre los grupos feministas, se niegan a posicionarse y no emiten juicio alguno sobre el tema cuando se supone que este sector tiene mayor información. Para mí de manera obvia, pero no para las amigas a quienes lo comenté, los estudiantes de la universidad privada son los que tienen mala opinión de los grupos feministas. También la tienen los ricos de la encuesta nacional. El feminismo es una idea política anticlasista y las clases altas se defienden esgrimiendo los prejuicios con los que justifican sus privilegios. Perdonen la digresión.

Los datos estadísticos recogidos por Anna Fernández han sido complementados por entrevistas en profundidad. Las y los jóvenes que opinaron a favor del feminismo aludieron a la igualdad de derechos y de oportunidades, aunque aquéllos que estuvieron en su contra, con los mismos argumentos, restaron credibilidad a la necesidad de cambio feminista. Muchos opinaron, con desprecio evidente e ignorancia, que feminismo y machismo son términos

equivalentes. La sombra de la duda empañó aun las opiniones positivas que del feminismo tuvieron los muchachos: calificaban de válido el feminismo, pero se cubrían las espaldas recomendando moderación; o validaban el feminismo en cuanto la sociedad mexicana discrimina la población femenina. No obstante, las muchachas contrarias al feminismo se calificaron peores que los hombres, iguales o negadoras de la superioridad femenina.

En síntesis y para concluir esta reflexión de lectura demasiado larga, el estudio de Anna Fernán-

dez lanza muchas luces sobre cómo la sociedad ha reinterpretado el feminismo a su beneficio, encauzándolo a la lucha económica para la sobrevivencia como ha denunciado Ana Lau, y sobre cómo la pérdida de la rebeldía crítica del movimiento ha alejado a las jóvenes, según afirma Eli Bartra.

Francesca Gargallo

Ana Lau, Eli Bartra y Anna Fernández Poncela, *Feminismo en México, ayer y hoy* (Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2000).